

THREE BLADES. ONE GILLETTE.

Ferdinando Frega — Nando the Scribe

Gillettenarrative.com

TRES HOJAS. UNA GILLETTE.

Todo lo que verdaderamente poseemos —sin ruido, sin conciencia— avanza de todos modos.

Como el tiempo.

No pregunta. No avisa.

Llega.

Tiene un nombre: Destino.

Un hombre decidió una vez que sería recordado.

No localmente. No temporalmente.

Por la humanidad.

Tuvo una sola oportunidad.

Una tarde en América recogió del suelo una hoja desechada.

Otro había inventado el tapón de botella.

Él vio otra cosa.

No mejoró un producto.

Reescribió un gesto.

El afeitado se convirtió en un sistema.

La hoja se volvió desechable.

El nombre se volvió permanente.

Cuando la gente compraba el producto,

decía su nombre.

King Camp Gillette.

Masón.

Autor de The Human Drift, 1894.

Mi padre.

Hijo de un minero y de una madre noble.

Criado con cuidado. Construido sin límites.

A los 12 años, los hombres adultos le temían.

No porque fuera violento —

porque no vacilaba.

Una noche, camino del cine,

lo atacó un grupo mayor que él.

Solo.

Sin escapatoria.

Encontró una hoja de afeitar en el suelo.

La recogió.

Marcó a uno de ellos en la cara.

Huyeron.

Aquel momento nunca se fue.

Catorce años después:

120 candidatos.

Un puesto.

Quedó tercero.

Los dos primeros negociaron.

Él no.

Entró en Gillette Italia.

Y se quedó 40 años.

Tras la jubilación, nada cambió.

La gente seguía parándolo por la calle.

Seguía reconociéndolo.

No por su nombre.

Por lo que representaba.

Frega.

El hombre de Gillette.

La hoja.

Cada lunes se marchaba temprano.

Cada viernes volvía.

Nunca se quejó.

Nunca dio explicaciones.

Era mi padre.

Un día le dijo a alguien que yo era el único hijo que de verdad se le parecía.

Lo supe años después.

Esa era su manera.

Sin declaraciones.

Solo dirección.

Yo tenía 19 años.

Servicio militar.

Examen de policía aprobado.

Se reunió conmigo en Nápoles, mayo de 1985.

No fue un encuentro de padre e hijo.

No se trataba de trabajo.

Era otra cosa.

Me hizo una sola pregunta:

«¿Qué vas a hacer con tu vida?»

Sin presión.

Sin consejos.

Solo eso.

Me tomé siete días.

Luego entré en un consorcio vinculado a Gillette.

El puesto más bajo posible.

Se empieza abajo

si se quiere ver la cima.

Dieciocho años.

La alcancé.

Entonces algo terminó.

No el dinero.

No el cargo.

El interés.

Así que me fui.

Volvió a verme, en privado.

Ya jubilado.

No intentó detenerme.

Dijo que lo entendía.

Siempre supo que ocurriría.

Porque yo era como él:

imprevisible.

Siempre en marcha hacia algo mejor.

30 de noviembre de 2003.

Dejé a mi madre Gillette.

Pero no perdí el ADN.

Tres historias.

Tres momentos.

Esta es la cuarta.

Masonería desde 1993.

Pitágoras.

Disciplina esotérica.

Tomas la piedra bruta

y la conviertes en algo que sostiene peso.

La mente afila

lo que el corazón alimenta.

Me hice directivo internacional.

Recorrí el mundo.

Otros dieciocho años.

Y un día

empecé a escribir.

No un libro.

No dos.

No diez.

No cincuenta.

No cien.

Más de 1600.

Dejé de contar.

Quiero que me reconozcan.

Pero no vendo libros.

Doy acceso.

El sistema no sabe dónde colocarme.

Un autor independiente que lo regala todo

no es una categoría.

Es un problema.

No ataco al sistema.

Hago algo peor.

Le quito valor.

Me leen.

Pero no pueden gestionarme.

No pueden ponerme precio.

No pueden encuadrarme.

No se me puede controlar.

No tengo precio.

Porque no vendo nada.

El destino nunca se espera.

Como yo.

Pero existe.

Y sigo avanzando hacia él.

Nando